



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La relación México-Estados Unidos: crisis interna y reajustes externos

Autor: Gutiérrez Haces, María Teresa

Forma sugerida de citar: Gutiérrez, M. T. (1989). La relación México-Estados Unidos: crisis interna y reajustes externos. *Cuadernos Americanos*, 3(15), 92-113.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 15, (mayo-junio de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA RELACION MEXICO-ESTADOS UNIDOS: CRISIS INTERNA Y REAJUSTES EXTERNOS

Por *María Teresa* GUTIÉRREZ-HACES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ECONÓMICAS, UNAM.

Introducción

DURANTE LOS últimos meses del año 1988, tanto en México como en los Estados Unidos ocurrieron cambios previsibles, algunos debidos al fin lectivo de las administraciones gubernamentales, la encabezada por Miguel de la Madrid y el Partido Revolucionario Institucional en México y la de Ronald Reagan y el Partido Republicano en los Estados Unidos.

A lo largo del tiempo transcurrido para ambas administraciones, ocurrieron hechos políticos, económicos y sociales, que desde ahora puede afirmarse que marcarán cambios de importancia en el destino de las dos naciones. Entre éstos, sobresale el histórico acercamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en torno al desarme y la paz, que mucho contrasta con el papel desempeñado por el primero con relación a Centroamérica y su reiterada insistencia en convertir a esta zona en un punto de disputa geopolítica dentro del llamado conflicto Este-Oeste.

Todo parece indicar que las preocupaciones concernientes a la paz, el cese de la intervención armada y la autodeterminación de cada pueblo para forjar su destino forman parte de la discusión entre las superpotencias, pero haciendo caso omiso de que estos aspectos son justamente los que también reivindican los países pequeños, como los centroamericanos, frente a los Estados Unidos. En suma, si en los últimos dos años hemos sido testigos de una aproximación diplomática entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, dicho acercamiento se ha hecho en la esfera del Primer y Segundo Mundo, olvidando voluntariamente que la única justificación que proponen los Estados Unidos para su intervención en Centroamérica es justamente el hecho de que se intenta explicar toda la problemática política de la región así como la insurgencia popular en

países como El Salvador, Guatemala y Nicaragua, como el resultado de la penetración ideológica y militar del Este.

América Central es en la actualidad, y especialmente desde 1979, con el triunfo de la Revolución Sandinista, un punto de discusiones, coincidencias, encuentros y desencuentros de un importante número de países de América Latina, entre los que sobresale el papel desempeñado por México. Es también una región donde la hegemonía de Estados Unidos es cuestionada a nivel político, militar y diplomático, no solamente por los principales actores regionales sino prácticamente por toda la comunidad internacional y es a la vez, una zona geográfica en la que un conjunto de países reafirmarán su vocación latinoamericana en los últimos años.

Este artículo intenta hacer algunas reflexiones en torno a la evolución y cambios que ha sufrido el patrón de comportamiento establecido en las relaciones de México y los Estados Unidos, en el terreno de su política exterior, considerando que el *modificador central* de este vínculo ha sido la introducción del conflicto centroamericano.

Es con este objetivo que intentaremos analizar los principales elementos y acontecimientos que han configurado una situación de cambio cualitativo entre éstos y la introducción de algunas hipótesis que intentan responder a las motivaciones que en un momento determinado provocaron un notable acercamiento de México hacia Centroamérica y la posterior creación del Grupo Contadora como instancia multilateral de intermediación en el conflicto.

También hemos querido analizar aquellos elementos explicativos que nos permitirán en un futuro inmediato determinar la veracidad en torno a un sinnúmero de afirmaciones que pretenden asegurar que México a través de su actual política exterior se ha alejado definitivamente de Centroamérica.

Para responder, aún modestamente, a la segunda parte de las actuales interrogantes, es preciso definir en el terreno no solamente de lo internacional sino también de lo que se conoce como la política doméstica, cuál es el papel que ha desempeñado Centroamérica como una de las dos zonas fronterizas con las que México mantiene una relación de vecindad. La colindancia geográfica, económica y política que personifican los Estados Unidos y Centroamérica con relación a México son un elemento explicativo de primer orden para comprender los principales lineamientos de la política exterior mexicana. Esta cercanía, limitada simplemente por una demarcación fronteriza, no siempre ha sido enfocada con fluidez, considerando que la vecindad que se tiene hacia el norte es con la

mayor potencia hegemónica del ámbito capitalista y que al sur se viven momentos de profunda crisis regional. En este sentido, la aplicación de un claro concepto de diferenciación en la relación para ambas fronteras ha sido la norma.

Centroamérica, a diferencia de otras regiones y otros conflictos, introduce a la diplomacia mexicana en un ámbito de discusión que a la vez que produce la consolidación de su perfil internacional provoca la necesidad de autodefinirse en torno a su soberanía nacional y al sistema de equilibrio geopolítico establecido por los Estados Unidos.

En la actualidad, conjeturamos que no sólo la política exterior de México, sino el país en su totalidad, se debate entre dos opciones geopolíticas, que podrán ser identificadas como la posibilidad de asumir una mayor vocación latinoamericana o aceptar su norteamericanización. Si bien ambas opciones han estado presentes en el debate nacional en los últimos años, es bastante evidente que el reforzamiento de los lazos con América Latina y no sólo con Centroamérica, ha sido una constante que ha contrabalanceado las presiones provenientes del Norte, agudizadas palpablemente en los últimos años con motivo de la introducción de Centroamérica en la agenda de discusiones con los Estados Unidos.

México se encuentra en el centro de un eje geopolítico trazado por los Estados Unidos, en el cual éste nos considera región prioritaria, de la misma manera que Cuba y Nicaragua se califican como zona conflictiva. En medio de este eslabonamiento geopolítico, México personifica —por su desempeño diplomático—, el punto de unión entre el mundo latino y el mundo sajón, eslabón central de una cadena que intenta llegar hasta la Tierra del Fuego. De ahí que México se debata éticamente entre su vocación latinoamericana y la presión del poder norteamericano que económicamente lo hegemoniza.

La evolución de la relación entre estos países se traduce en la búsqueda de soluciones que reduzcan la excesiva presión de un vínculo bilateral que históricamente ha sido profundamente asimétrico. Frente a esto, la solución ha sido la construcción de una política internacional abierta y de calculada disidencia que contrabalancee una política interna que en lo económico tiene que considerar de una manera pragmática su dependencia de los Estados Unidos.

Entre ambas "políticas", la de afuera y la interna, no hay una real dicotomía; ambas se complementan teniendo en cuenta las atenuantes geopolíticas de sus relaciones fronterizas. Por ello, su participación en el Grupo Contadora significa la llegada a un

"puerto seguro" dentro de los avatares de la política mexicana en Centroamérica.

De la misma manera las decisiones nacidas de las reuniones de Esquipulas, Guatemala, en 1987 ofrecerán la ocasión de un "relevo diplomático", necesario no sólo para México, sino también para una Centroamérica que requiere de una mayor autonomía en la discusión.

México necesita reconcentrar sus fuerzas, las internas y las externas; la reformulación de su proyecto nacional es impostergradable y por tanto no puede permitirse distracciones geopolíticas, de ahí que a sabiendas del costo político internacional y del interno en el futuro, está cambiando el rumbo de su política exterior. De estos aspectos y de algunas interrogantes que nos suscitan el reciente desempeño de México en el ámbito internacional hablaremos en este artículo.

I. Antecedentes

MÉXICO cuenta con dos zonas fronterizas de enorme importancia no sólo desde el punto de vista económico sino también político. Convivir al norte con la mayor potencia capitalista e intentar sostener una actitud independiente tanto en nuestras decisiones internas como en lo referente a la política exterior ha sido uno de los problemas más serios que México ha debido enfrentar desde hace más de un siglo.

Nuestras relaciones fronterizas no han sido sencillas si contemplamos el peso económico y político de nuestro vecino del norte. En muchas ocasiones, la vecindad se ha asimilado internamente con dificultad. La colindancia se encara como un acercamiento "forzosamente necesario", pero que no siempre ha sido fluido.

Al sur, hasta hace algunos años, mirábamos y convivíamos con relativa tranquilidad; un cierto aire de paternalismo nos hacía contemplar a Centroamérica de una manera radicalmente opuesta a la observada con los Estados Unidos. Las razones resultan obvias: a excepción de algunos conflictos y escaramuzas fronterizas, en especial con Guatemala, el panorama se presentaba relativamente calmado y nuestra vecindad se vivía alejada de ese sentimiento de presión que tan evidente se percibía hacia el norte. Las relaciones diplomáticas se caracterizaban por una actitud de respeto y a partir de la década de los años sesenta se establecieron múltiples contactos de cooperación comercial.

Con los acontecimientos políticos que desembocaron en el triun-

fo de la Revolución Sandinista, México se vio obligado a salir de cierta "modorra diplomática" y se convirtió en uno de los principales protagonistas a nivel internacional del proceso de pacificación de la región centroamericana.

Esta región, pese a su colindancia con nuestro país, nunca había sido objeto de seria preocupación para los quehaceres de nuestra política exterior. Sin embargo, a partir de 1979 cobró un nuevo significado al vincularse de una manera sustancial con el apoyo e impulso inicial otorgado a la Revolución Sandinista.

Observando a distancia los efectos que para México han producido las relaciones con sus dos fronteras, no deja de sorprender el enorme significado que éstas han tenido en diferentes momentos para el país, tanto en la política interna como en la exterior. Se tiene una aparente sensación de desarticulación al comparar el flagrante contraste que aparece entre la conducción de la política interna de México y los despliegues diplomáticos de corte progresista que desarrolla en los foros internacionales; ésta aparente falta de convergencia no es más que el resultado de una búsqueda de equilibrio entre los principios que han servido de piedras angulares a la política exterior mexicana: la autodeterminación de los pueblos y la no intervención, frente a la presencia de los Estados Unidos como vecino geográfico y principal socio comercial.

II. Una política de cautela

Los principios arriba enumerados no son sino el resultado de la propia historia del país, que ha vivido en carne propia interferencias e intervenciones extranjeras que lo desgarraron históricamente al despojarlo de la mitad de su territorio en el siglo pasado.

La política exterior de México no siempre se caracterizó por una activa acción diplomática en los foros internacionales: durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra, nuestro país desarrolló una diplomacia modesta y su actitud podría ser calificada de "aislacionista". México estaba concentrado en articularse a nivel interno, tanto en lo económico como en lo político, y se consideraba que los problemas externos sólo podían acarrearle la distracción de un esfuerzo que internamente le era imprescindible.¹

¹ Una pequeña versión escrita de esta sección se presentó a discusión bajo el título "Evaluación de la Política Exterior de México", Université de Québec, Montreal, 1986 e Instituto de Investigaciones Económicas, México, UNAM, 1986.

Pese a esta actitud de reserva y cautela, desde su entrada a la Sociedad de Naciones en 1932 México aclara públicamente que nunca admitiría la Doctrina Monroe; esta posición se sustentaba en los principios básicos de nuestra política exterior. Otros ejemplos de esta actitud son su condena a la agresión de Japón a China en 1933, a la invasión italiana a Etiopía, y al golpe militar de Franco en España. Más recientemente, condenó internacionalmente la invasión norteamericana a Guatemala en 1954, el bloqueo de los Estados Unidos y la invasión de Bahía de Cochinos en Cuba, el desembarco de los marines en República Dominicana en 1965; también México desaprobó las resoluciones votadas en 1967 por la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) para la promoción de la lucha revolucionaria en América Latina, y en los últimos años, las invasiones a Granada y Afganistán así como el ataque a Libia en 1986.²

Hasta antes de 1979, México no había desplegado a nivel de política internacional una activa acción diplomática: el aislacionismo, los pronunciamientos de condena en términos estrictamente jurídicos, las tomas de posición en forma unilateral tratando siempre de decidir individualmente y no en bloque, fueron los rasgos principales de más de cuatro décadas de su política exterior. Pese a esta larga trayectoria de discreción y cautela, pero también de firmeza frente a su reiterada defensa de la autodeterminación y no intervención, se perfila a partir de la década de los años setentas, un cambio radical que contrastará con un pasado de "disidencia calculada diplomáticamente".

III. En busca de un equilibrio geopolítico

PARA entender este cambio, parteaguas de la trayectoria internacional mexicana, es necesario hablar de una *relación de equilibrios* a nivel internacional en la que México se ha conducido con inmensa cautela dada su posición de vecindad con los Estados Unidos.

En términos generales, la mayoría de los países que integran el sistema capitalista manejan un concepto propio, nacional, de lo que es su soberanía; ésta se define básicamente a partir de su proceso histórico interno y de su situación territorial. Tomando en cuenta estos elementos, México, por su experiencia de ser un país invadido y mutilado geográficamente, no está dispuesto a perder ni un centímetro más de su soberanía territorial.

² Jesús Silva Herzog, *Lázaro Cárdenas. Su pensamiento económico, social y político*, México, Nuestro Tiempo, pp. 109-119.

Por otra parte, la vecindad con los Estados Unidos nos obliga, aún involuntariamente, a participar de un sistema de equilibrio exógeno por el que México forma parte del concepto de seguridad nacional de los Estados Unidos. Para expresarlo más claramente, México no sólo debe plantearse una política propia de seguridad nacional sino que, además, debe asumir que ésta se encuentra forzosamente subsumida en otro sistema de seguridad nacional, el estadounidense.³

El equilibrio internacional del mundo capitalista, el aparente y el subyacente, gira predominantemente alrededor de los Estados Unidos y dentro de esta dinámica, México se ve arrastrado al formar parte de los intereses geopolíticos de su vecino. Lograr articular una política exterior propia, independiente, delinear cotidianamente la defensa de su soberanía tratando de acentuar lo nacional y sabiéndose definitivamente débil en lo económico y en lo militar, es uno de los constantes desafíos a lo que se tiene que enfrentar el gobierno mexicano.

Las preocupaciones políticas, a nivel diplomático, han versado durante largos años sobre las relaciones existentes con los Estados Unidos. La dependencia económica ha ido en aumento y, paulatinamente, su interferencia en asuntos internos también se ha hecho manifiesta. No es nada nuevo el reiterar que ante esto la política exterior de México ha optado por crearse un perfil nacionalista, pro-revolucionario y hasta contestatario frente a los Estados Unidos, buscando marcar claramente su independencia con respecto a este país.

México intenta, a través de sus continuas intervenciones diplomáticas, responder a esta presión geopolítica, ubicándose en una *posición intermedia de apertura* frente al mundo capitalista y al socialista.

Quiéralo o no, México se encuentra dentro de la esfera de influencia de los Estados Unidos y una de sus luchas más denodadas radica en su negativa a aceptar que forma parte del conflicto Este-Oeste, el que con tanta insistencia se quiere dar como interpretación a conflictos como el centroamericano, entre otros.⁴

La política exterior de los Estados Unidos ha sufrido un endurecimiento a partir de la administración Reagan, en relación con Mé-

³ Ma. Teresa Gutiérrez-Haces, *Le Canada et le Mexique: autonomie et interdépendance dans les années 80*, 12 Montreal, Université du Québec à Montréal, 1987, p. 37.

⁴ Un punto de vista diferente puede encontrarse en Mario Ojeda, *Las Relaciones de México con los países de América Central*, México, El Colegio de México, 1985, p. 33.

xico; esta actitud ha tenido resultados de graves consecuencias económicas y políticas para el último.⁶

Antes de 1971, nuestra política exterior también se había planteado como independiente de la norteamericana; los Estados Unidos habían aceptado nuestro relativo margen de disidencia a nivel internacional como una prueba de que existían relaciones de independencia entre ambos países; durante años, se nos consideró con "menosprecio benigno" como nos calificaban Nixon o Kennedy, quien sintetizó el problema en 1961, cuando al no pedirnos cuentas respecto del apoyo otorgado a Cuba, expresó la "necesidad de preservar la estabilidad política mexicana" en un "mundo en fermento". En suma, hasta la década de los setenta convivimos bajo la regla del "acuerdo en el desacuerdo"; México manifestaba una suficiente debilidad económica como para permitirse una "válvula de escape" en su política exterior, a la que los norteamericanos alguna vez describieron como "una política con una gran dosis de machismo". México asumió este margen de independencia como una expresión de su nacionalismo revolucionario.

Esta situación se presentaba relativamente cómoda para los dos vecinos, al existir una situación de equilibrio geopolítico que perfilaba a México como un guardafronteras seguro para los Estados Unidos. Para el primero era real, aunque incómodo, que su relación con el segundo siempre delimitaba su margen de maniobra a nivel internacional; pese a esto, México no consideraba el conflicto Este-Oeste como algo suyo y su insistencia en no comprometerse en la visión norteamericana del mismo quedó claramente manifiesta a partir de la creación del Grupo Contadora (1983) ocasión en la que México reiteró la necesidad de que se llegara a una solución política negociada independiente de fuerzas extrañas a la región.⁶

IV. La diplomacia tercermundista

HEMOS insistido en que a partir de los años setenta se perfila un cambio de actitud diplomática por parte de México; éste se confirma a partir de 1979: en efecto, fue durante el gobierno del presidente Echeverría (1971-1976), cuando el aislacionismo diplomático mexicano empezó a ser seriamente cuestionado por el propio Estado

⁵ Luis Maira, "La Crisis Norteamericana y el Debate sobre sus Raíces en los Estados Unidos", en *Centroamérica; Futuro y Opciones*, México, FCE, 1983, p. 37.

⁶ René Herrera Zúñiga y Manuel Chavarría, "México en Contadora: una búsqueda de límites a su compromiso en Centroamérica", en *Foro Internacional* 4 (El Colegio de México) (1984), p. 458.

mexicano; se consideraba que el énfasis puesto sobre las relaciones bilaterales con Estados Unidos había sido excesivo y había ido en detrimento de los contactos diplomáticos con otros países. A partir de este planteamiento, se consideró que nuestra pasividad internacional era un error y que ésta afectaba directamente al propio proceso de desarrollo económico. A raíz de estos planteamientos, el presidente Echeverría declaró públicamente en 1974:

El aislacionismo es hoy, más que nunca, doctrina impracticable. El progreso de cada pueblo depende cada vez en mayor medida de la forma como establezca relaciones complementarias con los demás.

Debemos cobrar mayor conciencia de que nuestro destino está ligado a las transformaciones que ocurren más allá de nuestras fronteras. Abstenernos de participar en ellas significaría transferir al exterior la posibilidad de determinar el futuro de la nación y comprometer los perfiles de su identidad. Equivaldría, también, a desplazar el ejercicio de la soberanía a centros de poder ajenos al país. Es por ello necesario multiplicar contactos con el exterior, hacer de la diplomacia un medio más apto para la defensa de nuestros principios e intereses y salir al mundo para enfrentar los problemas que nos afectan.⁷

Pese al interés de México por romper con el excesivo bilateralismo de nuestras relaciones con los Estados Unidos a partir de acciones diplomáticas más dinámicas e intensas, los logros no fueron en muchas ocasiones más que espectaculares pronunciamientos públicos, debido a que México en este momento carecía de una base internacional de poder político y económico lo suficientemente sólida como para realizar un viraje de tal envergadura, que lo encaminara a disminuir el peso de esta relación. Durante este periodo, el presidente Echeverría visitó la OEA y las Naciones Unidas, amplió las relaciones diplomáticas de México de 67 a 129 países, presentó el proyecto de Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados aprobado en 1974; como promotor del tercermundismo, apoyó el gobierno socialista de Salvador Allende en Chile, visitó por primera vez Cuba revolucionaria, reconoció la OLP y rompió relaciones con la dictadura de Pinochet.⁸

México conoce en 1976 los efectos de una profunda crisis económica que desembocará en la devaluación del peso mexicano y la entrada a negociaciones con el FMI. La deuda externa ascendía,

⁷ *México ante el mundo*, Secretaría de la Presidencia, p. 193.

⁸ Mario Ojeda, *México: El Surgimiento de una Política Exterior Activa*, México, SEP, 1986, pp. 65-74.

a 19 600 millones de dólares en este momento cuando en el anterior fin de mandato presidencial consistía en 3 776 millones de dólares y a mediados de 1988 se calcula en 110 mil millones de dólares.

V. La diplomacia petrolizada

José López Portillo (1976-1982) asume la presidencia de la República en medio de una profunda crisis en que se cuestionaba seriamente la confiabilidad de un sistema político apoyado en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y un modelo de desarrollo estabilizador desgastado y responsable de serias contradicciones sociales que tuvo que enfrentar el primer convenio de estabilización financiera con el FMI. Sin embargo el valor de las exportaciones del petróleo aumentó vertiginosamente de 1 019 millones de dólares en 1977 a 13 303 millones en 1981, año en que los precios del petróleo empiezan a declinar en el mercado internacional. En este lapso, la política exterior de México creció al ritmo de su producción petrolera convirtiéndose ésta en una "diplomacia petrolizada":

El petróleo es nuestra potencialidad de autodeterminación, porque nos hará menos dependientes del financiamiento externo y mejorará nuestras relaciones económicas internacionales. (José López Portillo, III Informe de Gobierno).

De esta forma, la producción petrolera vino a constituirse en una cortina de humo ante las presiones del FMI y en un conducto por el cual México se deslizó firmemente de una política exterior activa aunque limitada, a una diplomacia pujante. Con anterioridad esta política exterior se había limitado a meros aspectos declarativos y retóricos, que en múltiples ocasiones habían tenido una enorme resonancia, pero que carecieron de efectividad real en el sistema de relaciones internacionales establecido entre los países desarrollados y los dependientes.⁹

Posteriormente, ésta pudo convertirse en una intensa actividad diplomática que se caracterizó por superar las declaraciones de corte progresista y que otorgó un apoyo real, tanto político como económico, a muchas de las causas internacionales que defendía.

El punto más álgido de este viraje —y decimos álgido porque

⁹ Richard Fagen, "El Gas Mexicano: La Conexión del Norte", en *Estado y Clases Sociales en las Relaciones E. U.-Latinoamérica*, México, FCE, 1984, p. 408.

tal cambio no se dio con el consenso de los Estados Unidos ni de los sectores mexicanos más conservadores, que pronosticaban malos augurios para México, pues en su opinión se abrían las "puertas al comunismo internacional"—; se da en 1979, cuando el presidente López Portillo rompe con el régimen somocista.

Esta iniciativa, tan popular en sí misma por tratarse del rompimiento con una larga dictadura de un país latinoamericano, significó una desviación en la línea de conducta tradicionalmente desarrollada por la cancillería mexicana. El cambio de trayectoria consistía sintéticamente en los siguientes aspectos: era la primera ocasión en que se rompía abruptamente con un presidente elegido por medio del sufragio (aunque en este caso fuera muy dudosa la honestidad del procedimiento legal); también era la primera vez en que México calificaba públicamente las acciones de otro país y, por último, su tradicional unilateralismo en la toma de decisiones diplomáticas fue puesto de lado al iniciar una cruzada de convencimiento a favor del bloqueo a Somoza entre los países latinoamericanos.

El apoyo posterior que México brindó al régimen sandinista es por todos conocido; a partir de 1979, aparecen nuevas variantes en la conducción de la política exterior mexicana: se crean programas de asistencia económica para la región centroamericana y del Caribe gracias a la bonanza petrolera y, por primera vez, se activa la diplomacia de partido que ya había empezado a funcionar con Echeverría. El PRI, con cincuenta años de práctica en el poder, asumió la presidencia de una agrupación de partidos de orientación socialdemócrata, a fin de encontrar un enfoque de "tercera vía" para enfrentar la crisis centroamericana (COPPAL). Esta iniciativa era la primera acción política de corte multilateral que México emprendía buscando la pacificación centroamericana.

Por último, en 1981, una nueva propuesta de la Secretaría de Relaciones Exteriores alteró una vez más los lineamientos tradicionales de nuestra diplomacia: en el seno de las Naciones Unidas, México expidió un comunicado conjunto con el gobierno francés, reconociendo en las organizaciones revolucionarias salvadoreñas la "calidad de fuerzas políticas representativas". Esta declaración significaba una intromisión en asuntos internos de otro país y por ser expresada conjuntamente con un país europeo se consideró como una intervención antilatinoamericana.

Reflexionando retrospectivamente sobre los cambios ocurridos entre 1971 y 1982, se observa cómo la política exterior de México en su búsqueda por disminuir el peso excesivo de la relación con Estados Unidos, no solamente logró ocupar un lugar protagónico

en los principales debates internacionales de los últimos años,¹⁰ sino que también alteró el sistema de equilibrios con que se regulaban las relaciones de los países latinoamericanos, incluyendo México con los Estados Unidos (Grupo Contadora, Grupo de Lima, Carta de Deberes y Derechos Económicos, etcétera).

Con la salida del presidente López Portillo el país quedó en lo interno sumido en una profunda crisis económica y política. La caída de los precios del petróleo, el alza de interés del capital internacional, la incontrollable inflación interna y el gasto público deficitario se conjuntaron como algunos de los factores que hicieron sentir a todo el país que se había entrado en una de las crisis más severas de la historia de México: sin el respaldo petrolero, con una banca sorpresivamente nacionalizada y ante la realidad de que la dependencia económica de los Estados Unidos había progresado, el futuro se perfilaba incierto y, con él, los avances que México había logrado en todos estos años a nivel internacional. En lo interno cada vez era más claro el error cometido al haber comprometido al país en la opción de un crecimiento económico basado en la exportación masiva de petróleo.¹¹

VI. Una diplomacia pragmática

UNA cruel dicotomía empezó a perfilarse a partir de 1982: internamente el país vivía una situación crítica, pero externamente existían compromisos políticos adquiridos durante los años anteriores, que el gobierno mexicano se aferraba en sostener, como una expresión de su soberanía en el ámbito internacional.

Miguel de la Madrid (1982-1988) recibió un país desarticulado y doblegado, tanto interna como externamente. Los Estados Unidos habían expresado públicamente tanto en el plano interno como diplomáticamente que no aceptaban los cambios que México había introducido en sus relaciones con Latinoamérica y en especial con Centroamérica.

El país se había conducido durante los años recientes en circuns-

¹⁰ El 21 de febrero de 1982 se presentó el "Plan de paz" llamado también "Plan López Portillo"; proponía el diálogo entre los Estados Unidos y Cuba la solución negociada al conflicto en El Salvador y un pacto de no agresión entre Nicaragua y los Estados Unidos, bajo la intermediación de México. A este plan se le considera el antecedente inmediato de la iniciativa de crear el Grupo Contadora (1983).

¹¹ En 1979, PEMEX captaba cerca del 40% del gasto del sector paraestatal y, según la revista *Fortune*, esta empresa ocupaba el vigésimo lugar de importancia entre las 500 empresas con mayores ventas a nivel internacional.

tancias de excepción gracias al petróleo y esto le había otorgado un amplio margen de independencia económica. Paradójicamente, los triunfos y las acciones de solidaridad que se prodigaban al sur del río Suchiate se contabilizaban negativamente al norte. El "cobro" del Río Bravo no se hizo esperar: a partir de 1982 México fue objeto de una avalancha de presiones como fue la firma de una nueva Carta de Intención con el FMI que implicó un severo programa de austeridad de corte monetarista y el condicionamiento del crecimiento económico al pago puntual del servicio de la deuda externa del país, así como los continuos ataques de representantes políticos y de algunos medios de comunicación masiva en los Estados Unidos. Todas estas circunstancias en muchas ocasiones obligaron a México a rectificar posiciones, como es el caso del rompimiento temporal del Acuerdo de San José (1980-1984) sobre suministro de petróleo a Nicaragua.¹²

Tratando de sustraerse al excesivo bilateralismo, México logró avances muy importantes, que han redundado no sólo en el beneficio de la política internacional del país sino también en posibilitar el proceso de pacificación centroamericano.

El *Grupo Contadora*,¹³ que sorpresiva y a veces hasta heroicamente ha sobrevivido desde su creación en 1983, ha obtenido avances que para Latinoamérica son de *importancia*: lograr que los cancilleres centroamericanos dialogaran y formularan un documento de vocación pacificadora es un hecho de relevancia cuando la comunicación no ha sido históricamente la regla de oro en Centroamérica. Además, al auspiciar las reuniones de Manzanillo (1984), México provocó un diálogo —por lo menos temporal— entre Nicaragua y los Estados Unidos. La discusión del Acta de Paz del Grupo Contadora ha logrado que internacionalmente se conozcan aspectos vitales del conflicto centroamericano, concretamente el financiamiento de la contrarrevolución en Nicaragua por los Estados Unidos y el condicionamiento de su ayuda económica a la región a su irrestricto alineamiento con los intereses políticos de la Casa Blanca.

No es posible detenerse a analizar todos los altibajos del Grupo Contadora;¹⁴ sólo se mencionará que la participación de México ha

¹² Francisco Lazo M., "El Pacto de San José, ¿Un ejemplo de comercio y cooperación Sur-Sur?", en *Cuadernos de Divulgación* (México, CINAS), 2 (1986).

¹³ Para mayor información sobre estos aspectos véanse Francisco López, "Contadora 1986: Más problemas, menos opciones" y M. Teresa Gutiérrez-Haces, "México: El Principio de una Reconversión Diplomática", en *Cuadernos CECARI* 2, México, 1986.

¹⁴ Respecto de un análisis detallado de las operaciones del Grupo Contadora consultar las *Cronologías* publicadas por el Centro de Estudios Cen-

significado el puntal de una lucha por rescatar doce años de una práctica diplomática comprometida más allá de lo declarativo. Ha sido también, en nuestra opinión, el termómetro de las presiones norteamericanas sobre México y el paulatino crecimiento del cuestionamiento de Latinoamérica hacia la política estadounidense en Centroamérica.

De ahí que la política exterior de México en esta etapa sea contemplada en otros términos que en décadas anteriores; este replanteamiento no es un retroceso ni una retracción del apoyo otorgado a los movimientos revolucionarios en el pasado; por el contrario, significa una salida —resultado de la discusión multilateral— a la posibilidad de cambio real en la región, independiente de la influencia de las grandes potencias: Estados Unidos y la Unión Soviética.

La participación de México en el Grupo Contadora, desde 1983 hasta el momento en que finaliza su intervención en la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento (CIVS), es el aspecto más visible de un nuevo cambio en la política exterior de México hacia Centroamérica. Este retorno a las prácticas tradicionales de la diplomacia mexicana marca un enfoque distinto al de la política de centroamericanización que se había llevado a cabo de 1979 a 1981; de ahí que en 1983 México replantee diplomáticamente su intervención en la pacificación centroamericana y, sin transigir en los principios de autodeterminación y no intervención que siempre ha propugnado, emprenda una actividad diplomática distinta que se inicia con la creación del Grupo Contadora y finaliza con las reuniones de Esquipulas en Guatemala en el transcurso del mes de agosto de 1987.

Durante los dos años anteriores a esta iniciativa, México había enfrentado problemas muy serios con Estados Unidos, Venezuela, Colombia, Panamá y Costa Rica, con relación a su forma de enfocar el problema centroamericano, lo que le había provocado un serio aislamiento diplomático alentado por los Estados Unidos.

En este sentido, Contadora se perfila como una afortunada solución para México en cuanto que la búsqueda de pacificación se hace bajo instancias multilaterales, lo que disminuyó paulatinamente la excesiva bilateralidad de las relaciones México-Nicaragua. Al mismo tiempo, la diplomacia mexicana asumió no sólo la discusión sino la crítica y la moderación de su política exterior, que surgió del contacto con los otros países.¹⁵ Esta postura implicó que se avoca-

troamericanos de Relaciones Internacionales (CECARI) y los *Cuadernos CECARI*, 2 y 3, México, 1986 y 1987.

¹⁵ Consultar las declaraciones del Senado de la República Mexicana que

ra una vez más a su viejo unilateralismo para conjuntar, bajo una discusión latinoamericana, la solución de la crisis centroamericana.

El Grupo Contadora, con cinco años de existencia, logró desarrollar un proceso pacificador que no sólo impidió una invasión directa de los Estados Unidos a Nicaragua, sino también propició un ambiente de mayor distensión entre los cinco países centroamericanos, que inicialmente parecían a punto de entrar en un conflicto regional de grandes dimensiones y que hacía muchos años no dialogaban colectivamente.

A través de reuniones, discusiones y pronunciamientos se desembocó en una toma de posición conjunta, siempre fruto de un consenso. Paulatinamente se logró determinar que el conflicto centroamericano no debía participar de la visión Este-Oeste, como lo propugnan los Estados Unidos, sino entenderse como un conflicto regional. En este sentido, sobresale la *vocación latinoamericanista* del Grupo Contadora y la posibilidad de haber estimulado la creación de un Grupo de Apoyo con los países sudamericanos. Así el conflicto centroamericano se enfoca con *una perspectiva continental*, lo que implica un enorme avance para Centroamérica, que históricamente había vivido muy aislada de Latinoamérica.

Sobresale el hecho de que Contadora, primariamente una instancia diplomática, haya logrado incidir sobre la práctica política de cada uno de los países centroamericanos e impulsado procesos internos de democratización que —aunque tibios— son un avance, si se compara la larga historia de dictaduras militares y civiles en esta región.¹⁶

En este sentido es lamentable reconocer que, si bien el Grupo Contadora logró inhibir el comportamiento bélico entre los países centroamericanos, obtuvo un éxito nulo respecto de la conducta de los Estados Unidos, que continúan apoyando la contrarrevolución en Nicaragua hasta la fecha.

Este aspecto ha estado siempre presente en las discusiones del Grupo Contadora y ha sido una de las grandes dificultades que ha enfrentado, si bien ha resultado un logro prescindir de las superpotencias en las discusiones y constreñir el diálogo a una instancia latinoamericana, el hecho es que uno de los escollos principales en las

"Considera irrenunciable el derecho de Latinoamérica a resolver sus problemas sin injerencia y condena las acciones difamatorias emprendidas por algunos sectores estadounidenses", en *El Día*, México 10. de marzo de 1986.

¹⁶ Honduras en 1985 con José Azcona Hoyo, El Salvador en 1984 con José Napoleón Duarte, Guatemala en 1986 con Vinicio Cerezo, Costa Rica con Oscar Arias en 1986 y Nicaragua con Daniel Ortega.

pláticas proviene de las acciones estadounidenses con cada país de la región.

VII. Una reformulación de la seguridad nacional

LA participación de México en el Grupo Contadora se ha visto enfrentada con la visión geopolítica de los Estados Unidos respecto de una zona en la que tanto México como Centroamérica son considerados sus "patios traseros". En lo que respecta a México, su actividad en el seno de Contadora hasta 1988 obedece también a la necesidad que tiene de contener, por medio de su apoyo a la negociación pacificadora en Centroamérica, la posibilidad de que el conflicto pudiera desbordarse hacia su territorio, lo cual evidentemente no le favorecería en términos de soberanía y seguridad nacional.

México no teme un avance guerrillero hacia su frontera sur; aunque en algún momento se contempló esa posibilidad —sobre todo a raíz de la instalación de campos de refugiados centroamericanos en su frontera sur—,¹⁷ sus preocupaciones en este sentido no son prioritarias actualmente. Para México, es fundamental la pacificación de la región, porque necesita conservar su equilibrio geopolítico actual con relación a sus dos fronteras.

La posibilidad de convertirse en un "Estado sandwich" rodeado por ambos lados por la presencia estadounidense es un motivo serio de preocupación.¹⁸ Esta es una de las razones por las cuales considera primordial la pacificación de la región y ésta empieza a vislumbrarse gracias a la celebración de elecciones democráticas en Centroamérica y las acciones resultantes de las reuniones de Esquipulas. Esto no significa que los movimientos revolucionarios hayan desaparecido mágicamente para dar lugar a mejores opciones populares, ni mucho menos las causas que los originan, pero al menos los interlocutores con los que se dialoga han dejado de ser dictadores; esta circunstancia por ahora ha creado un clima de mayor distensión que contrasta con el existente antes de 1983.

Pero, pese al cambio democrático en la región, el riesgo de una intervención norteamericana en Nicaragua no ha sido conjurado. Esta misma posibilidad en los otros países ha disminuido por el momento, debido a que sus gobiernos son vistos con aprobación por Washington.

¹⁷ Sergio Aguayo, *El Exodo Centroamericano*, México, SEP, 1985, p. 173.

¹⁸ M. Teresa Gutiérrez-Haces, "Fronteras Ocupadas e Inseguridad Nacional", en *Análisis de la Economía Latinoamericana y los Estados Unidos*, México, UNAM, 1984.

Si en un primer momento, 1979-1986, existió un elevado nivel de apoyo y acercamiento de México hacia Nicaragua, es evidente que esto implicó el inusitado despliegue de una activa diplomacia a fin de contener una agresión en la que México tendría que tomar posición a riesgo de consabidas pérdidas a nivel interno: México estuvo consciente de que no se encontraba preparado ni antes ni hoy para un enfrentamiento frontal con Estados Unidos a causa de Nicaragua. De ahí la importancia de Contadora, puesto que, por ser miembro fundador del Grupo en un momento de crisis regional, estaría en condiciones de pronunciarse *colectivamente*, lo que significaría que la decisión y la responsabilidad ante Nicaragua o cualquier otro país centroamericano sería compartida *por todos* aquellos que son integrantes no sólo del Grupo Contadora sino también del Grupo de Apoyo.¹⁸ En suma, Contadora fue la expresión de que la política exterior mexicana necesitaba marcar en el terreno político-diplomático límites con los Estados Unidos, aún a sabiendas de su extrema debilidad económica.

México encuentra cada día más difícil sustraerse y parapetarse sólo en pronunciamientos morales a nivel internacional. La agudización del conflicto en Centroamérica, pero también el existente en el Medio Oriente, reduce la posibilidad de *espacios autónomos* en los cuales desplazarse con independencia. Es una realidad que cada día resulta más complejo mantener una posición de no alineamiento político con los Estados Unidos frente a las presiones de que es objeto.

Frente a un vecino en el norte ocupado en "la recuperación de la grandeza y el orgullo nacional" y al lado de un territorio en el sur que en cualquier momento puede estallar, ¿cuál es el futuro para México, en términos de seguridad nacional y de su política exterior?

Hasta no hace mucho, México no había hecho una formulación pública de una doctrina de seguridad nacional. Con esto no se quiere decir que el Estado mexicano careciera de un cuerpo teórico que definiera su concepto de seguridad nacional, pero lo que sí es evidente es que dadas las características del desarrollo político mexicano en los últimos años la definición de ésta se ha visto condicionada por la fuerte tradición civilista del ejército y del Partido Revolucionario Institucional, PRI, así como por la casi ausencia de

¹⁸ El 29 de julio de 1985 los gobiernos de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay integran al "Grupo de Apoyo" al proceso de Contadora, hecho que tiene como objetivo principal ejercer presión diplomática hacia la negociación del proceso de pacificación.

una idea de agresión interna o externa, que justificaría el aumento del presupuesto militar:

El apego del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea a la filosofía revolucionaria, a las instituciones y a las normas prevaletentes, ha sido el principal elemento de prestigio y fortaleza de las fuerzas armadas del México moderno. Conforme ha cambiado la realidad se han transformado las Fuerzas Armadas del País; así el papel estrictamente militar que las caracterizó inicialmente, se ha visto reforzado por una creciente actividad directamente relacionada con el bienestar de la comunidad.

A partir de la Constitución y como parte intrínseca del Estado revolucionario, las Fuerzas Armadas, fieles a su origen popular, recogen las orientaciones y las tradiciones que las ennoblecen, para darles contenidos específicos en cada etapa del desarrollo social.²⁰

En síntesis, México hasta hoy no había tenido entre sus principales prioridades el desarrollo de una política de defensa nacional de gran envergadura, ya que para el Estado mexicano siempre había sido prioritario su desarrollo económico y nunca consideró justificado el distraer los recursos destinados a la modernización del país en onerosos presupuestos militares, mucho menos hoy que enfrenta de manera palpable los resultados de continuar pagando el servicio de la deuda externa a costa de la reducción de su nivel de crecimiento económico.

Respaldata por estos aspectos, la política exterior de México ha vivido siempre atenta a su frontera norte y hace apenas algunos años expresó más explícitamente un concepto de seguridad nacional como el contenido en el Plan Nacional de Desarrollo (1983-1988):

El derecho inalienable de México de mantenerse libre, soberano, íntegro en su territorio, independiente y con autodeterminación política, se refleja en las Fuerzas Armadas como la comprensión, previsión y cumplimiento de las funciones específicas que les corresponden de acuerdo a lo establecido en las leyes reglamentarias. Con ello coadyuvan a mantener el orden interno y el desarrollo nacional, y están listas a la defensa del país.²¹

Ante la posibilidad de una extrema agudización del conflicto centroamericano, México, en términos de seguridad nacional, ten-

²⁰ Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988, Suplemento de *Comercio exterior*, México, Junio de 1983, p. 25.

²¹ *Ibid.*

dría que replantearse su defensa nacional y con ello el control político del país podría presentar un viraje, al ser *compartido* este entre el poder civil y los militares mexicanos.

A su vez, el proyecto de desarrollo propugnado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) tendría que ser modificado al distraerse los pocos recursos económicos que nos quedan en un proyecto de seguridad nacional.

La inclusión de una manera explícita del concepto de Seguridad Nacional en la discusión mexicana, tuvo especial relevancia a partir de 1981 cuando los acontecimientos políticos ocurridos en Guatemala, empujaron a pequeños grupos de campesinos a refugiarse en la zona de Arroyo Negro, Campeche, en mayo de ese año; para el siguiente mes, 2 000 campesinos guatemaltecos atravesaron la frontera mexicana y en los meses subsiguientes, el flujo migratorio obligó al gobierno y al ejército mexicano a pronunciarse públicamente al respecto.

La problemática suscitada a raíz de este fenómeno, desembocó en un sin número de declaraciones oficiales y extraoficiales, que al calor de los hechos fue arrojando elementos de importancia para nuestro análisis:

1. La política exterior de México, hasta esa fecha (1981), había enfrentado una problemática cualitativamente distinta con relación a la definición de la conducta a seguir respecto al estatuto de refugiado. La experiencia del exilio español y de la reciente oleada proveniente de América del sur, se diferenciaba profundamente de la centroamericana. Para las autoridades mexicanas en general resultó complicado de definir el perfil de este nuevo refugiado: exiliado político, refugiado, migrante económico, etcétera.

2. Las experiencias conocidas en el pasado indicaban que, ni los refugiados españoles, ni los provenientes de Sudamérica personificaban un "peligro masivo" para la seguridad nacional de este país, pese a que en este caso era público que el origen de su exilio era político y en la mayoría de los casos se trataba de grupos ideológicamente situados a la "izquierda". En aquel entonces, la política exterior de México no se vio forzada a introducirse en el conflicto Este-Oeste como fue posteriormente el caso de la relación actual de México con Centroamérica. ¿Cuál era la diferencia entre el exilio español, chileno o argentino en relación al centroamericano?

3. Estos hechos resultan interesantes, si se analiza que esta no sería la primera ocasión en que Centroamérica ha "complicado" las relaciones México-Estados Unidos. Con frecuencia se olvida y hasta se desconoce, el efecto que produjo la presencia de Augusto

César Sandino en 1930 en México, solicitando ayuda al gobierno mexicano presidido por Emilio Portes Gil y los oficios que desempeñó la representación de los Estados Unidos en México respecto al virtual aislamiento de Sandino en una hacienda del estado de Yucatán.²¹

4. Esto sugiere que conceptos aquí expresados como el de frontera geográfica y equilibrio geopolítico, siempre han tenido enorme peso al analizar la compleja interrelación entre México y Centroamérica a través de la visión estadounidense.

En suma, aunque el establecimiento de 77 asentamientos campesinos e indígenas en el estado de Chiapas indique que se trata de refugiados objetivamente indefensos, éstos en términos de seguridad nacional representan mayor problema para México que el considerable número de intelectuales y políticos que se refugiaron anteriormente en este país.

5. La presencia de campamentos fronterizos y refugiados centroamericanos en México evidenció una inicial falta de consenso en la política a seguir en lo que Relaciones Exteriores defendió el tradicional "derecho de asilo", mientras que por decreto presidencial se creó la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR)²² y la visión de algunos funcionarios que lo contemplaron como la posibilidad de convertirse en "detonador social" al considerar que su presencia, sería un fuerte deterioro ecológico, disputa laboral, problemas serios de vivienda, aumento de delitos, etcétera.

Con la llegada a la presidencia de Guatemala de un nuevo mandatario Vinicio Cerezo, aparentemente finalizaron las negociaciones celebradas en torno a esta problemática. Pese a que no puede afirmarse que un clima de absoluta paz ha disminuido la presión humana en la frontera con México, es un hecho importante el constatar cuán grande es la vulnerabilidad interna y externa cuando se trata de enfrentar un problema como el aquí brevemente descrito.

A partir de 1986, notables cambios en la política exterior de México hacia Centroamérica hicieron comentar a más de uno que lo que se presenciaba a partir de esta fecha era el inicio de un alejamiento calculado de su presencia en el ámbito centroamericano.

Efectivamente hubo y hay presiones políticas tanto internas como externas que abonaron el terreno para que se suscitara esta posibilidad. Las duras críticas de varios sectores de la iniciativa

²² Sergio Ramírez, *Augusto C. Sandino, Pensamiento vivo*, Nueva Nicaragua, 1981, vol. I, p. 304 y Gregorio Selsler, *El Pequeño Ejército Loco, Sandino y la operación México-Nicaragua*, Managua, 1983.

²³ *Diario Oficial*, México, 22 de julio de 1980.

privada en México, unidas a más de una declaración como las emitidas en 1986 por el senador Jesse Helms de los Estados Unidos en contra del papel desempeñado por México, indicaron que el rumbo iba a ser rectificado. Contrariamente a lo que de una manera generalizada se estima, no consideramos que estos aparatosos ataques que llenaron las páginas de varios periódicos, fueran un elemento de peso para provocar un replanteamiento político.²³

Es cierto que el Pacto de San José sobre suministro de petróleo se había cancelado para después reanudarse tímidamente; también efectivamente la acción del Grupo Contadora se empantanaba por momentos y es innegable que México no había hecho una defensa de Panamá en 1988 como la que presentó en los sesentas frente al bloqueo de los Estados Unidos a la isla de Cuba.²⁴

Todos estos elementos deben mirarse como algunas señales de que el país se estaba transformando, pero no sólo a nivel de su política externa sino también en el plano de su proyecto nacional. Cuando los primeros pasos en relación a Centroamérica se dieron en forma distinta a los seguidos antes de 1986, lo que debió mirarse es que la reestructuración interna en lo económico y en lo político unidos a la crisis económica, no podía dejar sin cambios a la política exterior.²⁵

Aunado a esto, México enfrentó un nuevo contexto internacional, uno tan distinto como el que produjo la iniciativa del Grupo Contadora. Este nuevo ámbito lo enfrentó con una Centroamérica distinta en la que a partir de la Reunión de Caraballeda en Venezuela en 1986 y en las Reuniones de Esquipulas en Guatemala en 1987 constató que el conflicto era cada vez más un asunto de los centroamericanos y, que por las condiciones internas de México, el costo de su presencia era muy elevado. Así, no sólo la crisis económica interna, sino los propios actores regionales entre ellos el presidente Arias y su Plan de Paz, propiciaron la virtual salida

²⁴ Un ejemplo de esto fueron las declaraciones del ex-embajador en México John Gavin respecto al apoyo que México otorgó públicamente, en la ONU, a Namibia: "Un trato que simplemente no esperamos de un amigo... lo que objetamos es cuando países como México votan en resoluciones que nos atañen directamente a Estados Unidos... cuestiona nuestra buena fe o señalan específica y negativamente a nuestro país. Tales ataques son inmoderados y abusivos", en *Uno más uno*, México, 1986.

²⁵ Ma. Teresa Gutiérrez-Haces, "Del bloqueo cubano al embargo nicaragüense", en *Momento Económico*, México, UNAM, 1985.

²⁶ Ma. Teresa Gutiérrez-Haces, "Las Relaciones México-Estados Unidos: hacia un replanteamiento de fondo" en *Momento Económico*, México, UNAM, 1986, y "La Continentalización de la economía Mexicana" en *Viejos Desafíos nuevas Perspectivas: México, Estados Unidos y América Latina*, México, M. A. Porrúa, 1988.

de México. El traspaso de la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento a manos de los cancilleres centroamericanos selló el fin de una etapa que de 1979 a 1986 dio a México particular relevancia en Centroamérica.

A partir de 1988 se evidenció que el problema de la paz en todos sus aspectos podía ser discutido bajo condiciones distintas a las de 1983 y que específicamente México tenía que centrarse de una manera pragmática en discusiones de mayor urgencia como son aquellas en torno a la crisis económica, la deuda externa y el narcotráfico internacional. Las opciones para México son diversas; todas ellas deben tomar en consideración, no solamente su participación en el sistema geopolítico de los Estados Unidos, sino el indiscutible hecho de que este país ha cambiado internamente y que en el futuro tanto la política exterior como la doméstica tendrán nuevos interlocutores nacionales.

La tradicional homogeneidad en la toma de decisiones se ha visto alterada a partir del 6 de julio de 1988, lo que significa que en el futuro la discusión se desarrollará con nuevos lineamientos.

Ante este cambio las interrogantes son múltiples: ¿La política exterior mexicana, que hasta la fecha ha gozado de un inmenso consenso nacional, podría generar divisiones internas como lo ha provocado con anterioridad la política económica?

¿En el futuro, el papel de mediador, desempeñado por México en Centroamérica, podrá eventualmente revitalizarse, en caso de que la intervención norteamericana se agudizara?

¿México asumirá, en el futuro, su vocación Latinoamericana u optará por disminuir su perfil internacional ante la debilidad de su poder de mediación?

Es evidente, que estos y muchos otros cuestionamientos, podrán formularse; de todo lo dicho sobresale el principio de que México no busca voluntariamente el enfrentamiento con su vecino del Norte, pero también es cierto que hasta hoy las propuestas planteadas por los Estados Unidos excluyen muchos de los proyectos políticos autónomos. Todo indica que en el futuro se buscará la conciliación como fórmula clave para enfrentar la relación bilateral. El intento tiene grandes implicaciones: ¿Cómo contener la inconformidad interna, mantener la soberanía económica que nos resta y evitar cualquier confrontación con los Estados Unidos?

La respuesta debe surgir internamente e implica una reformulación política para la que el país se prepara actualmente.